

1917 // Cienfuegos 98
COLECCION ARIEL julio 1917

Rogelio Sotelo



La Revolución Francesa es el más solemne, el más grandioso, el más heroico, y por lo mismo el más ejemplar y más trascendente acto de liberación de un pueblo que registra la historia del mundo. Es cierto que ya la había precedido de más de un siglo la Revolución Inglesa, que fundó las libertades del pueblo británico, y que las trece colonias inglesas del norte de nuestro continente, recientemente emancipadas, acababan de fundar la gran República Americana; pero sin la Revolución Francesa aquellas conquistas de la libertad no habrían reaccionado sino muy lentamente sobre los otros pueblos: la diferencia de religión, la frialdad, y casi podríamos decir el egoísmo del carácter inglés, y su idioma, que es impenetrable barrera, tienden a aislar, a circunscribir dentro de sus propios límites, la obra de la raza anglo-sajona. La masa de los otros pueblos ni la comprende, ni la siente,

ni la conoce. Pero no sucede lo mismo con lo que piensa y con lo que hace la Francia: su idioma, que todos leen, su literatura, que todos devoran, y el entusiasmo y el calor de su simpatía, inoculan, difunden sus sentimientos y sus ideas en el alma de todos los pueblos, para bien y para mal de la humanidad. Los pueblos sur-americanos deben principalmente a la Francia la pasión por la libertad; aunque el romanticismo político, la escuela eminentemente sentimental y empírica, llena de teorías humanitarias, de vaguedades y abstracciones que la educación francesa ha dado a nuestra juventud, perjudique a toda sana idea sobre la naturaleza y el objeto práctico del Gobierno y deba contarse entre una de las muchas dificultades con que luchamos para organizarnos.

Pero con todo y a pesar de todo, la Revolución Francesa ha sido, lo repetimos, uno de los más grandes beneficios para la humanidad.

Su obra política y social puede resumirse así: conquistó el derecho, fundó la igualdad.

Antes de ella, los pueblos vivían de la caridad, de la gracia de sus tiranos; los hombres nacían esclavos: no esclavos de sangre, sino lo que era peor, esclavos de casta. Después de ella, todos vivimos de nuestro derecho, y nadie nace ni siervo, ni plebeyo, ni menestral ni pechero, por clase y por destino.

Cuantas veces podemos decir: "éste es mi derecho", hablando de nuestra conciencia, de nuestro honor o de nuestra propiedad; cuantas veces levantamos el espíritu a las más grandes y nobles ambiciones de la gloria, de la virtud o del trabajo, oídlo bien, comprendedlo bien, agradecedlo bien: lo podemos decir y lo podemos sentir, porque la Francia nos redimió de la esclavitud del antiguo régimen a costa de su sangre y de su heroísmo.

ANIBAL GALINDO

La Revolución francesa

Y el historiador católico César Cantú

Los siguientes son párrafos de Cantú, historiador que tiene que ser irrecusable hasta para los espíritus más rehacios en admitir las ideas de liberación que trajo el movimiento salvador de fines del siglo antepasado. Hablando de las causas de la Revolución dice:

“Las contribuciones al terminar el reinado de Luis XV ascendían a 365 millones de francos, carga intolerable por lo vicioso de su repartición. De las directas, a saber, la capitación, el medio diezmo y la talla, estaban exentos los diezmos territoriales, las rentas feudales, los censos señoriales sobre los siervos, y las rentas públicas; el clero se eximía mediante un donativo voluntario, que apenas ascendía a once millones, mientras gozaba la quinta parte de la riqueza agrícola general; y de la nobleza se exigían la capitación y el medio diezmo, pero ateniéndose a sus declaraciones. De aquí la desigualdad escandalosa e irritante que se notaba. La talla, que el Rey y su Consejo podían aumentar á su arbitrio, envilecía, porque era marca de humildad; y toda clase de violencia en la exacción era permitida respecto de gentes sin derechos.

“Arrendábanse los impuestos indirectos a sociedades en que los cortesanos estaban interesados de modo que los hacían contratar a precios bajos engrosando sus caudales a costa de la miseria pública; y los arrendadores enriquecidos daban a Rey, a fin de año, dentro de un bolsillo de terciopelo, una parte de sus ganancias: ofrenda a guisa de propina para que no viese la miseria del pueblo esquilado.”

.....

“El Rey vivía rodeado de un esplendor tal, que debía persuadirlo que era más que hombre. Lo que se llamaba su casa se componía de un limosnero, un máyordomo; un encargado del guardarropa, un maestro de ceremonias, un escudero, un cazador, todos señores principales, con 400 dependientes por lo menos. La casa de la Reina constaba de casi otros tantos empleados y lo mismo la de los Príncipes. Dábanse magníficas pensiones, como sueldos de empleos extravagantes, como el de apresurador de los asados (*hâteur des rôtis*), el de corredor de vinos (*coureur de vins*), porque los llevaba a donde iba el Rey: dignidades compradas y que por tanto era preciso conservar o rescatar a precios enormes.

“Al perder los nobles los derechos que tenían respecto del soberano, conservaron los que eran gravosos al pueblo. Además de sus inmunidades y privilegios, eran casi los únicos que obtenían los altos empleos; podían renunciar sus cargos y conservar no obstante los sueldos; a los siete años el duque de Frouzac era coronel; hasta en la Iglesia la virtud y la doctrina debían más de una vez ceder el paso al nacimiento, y el capelo rojo adornaba las cabezas de ignorantes y disolutos, por-

que eran príncipes. Subsistían también las jurisdicciones feudales, cuya justicia quedaba al arbitrio del Señor. La inmunidad de los territorios de los nobles hacía difícil la exacción de los impuestos y el pueblo tenía que sufrir este recargo."

En cuanto a la obra de la Revolución, o sea la labor de los Estados Generales reunidos en Asamblea, dice:

"Proclamó la igualdad de todos, la libertad de las opiniones religiosas, los derechos del hombre y del ciudadano; hizo desaparecer la preocupación que tanto perjudicaba a las familias de los delinquentes; abolió los votos monásticos, los derechos feudales y las jurisdicciones señoriales, las cédulas de prisión, las aduanas interiores y los derechos de puertas, las clases, los títulos, las libreas, la servidumbre; fundó establecimientos benéficos para dar trabajo, restituyó a los no católicos los bienes confiscados a sus mayores, emigrados a consecuencia de la revocación del edicto de Nantes; suprimió la contribución que pesaba sobre los judíos; abolió los privilegios de caza; levantó la prohibición impuesta a los extranjeros, de testar en favor de otros extranjeros; suavizó el rigor de las penas; calificó de delito la violación de la correspondencia; dispuso que fueran admitidos los hombres de color a formar parte de las asambleas parroquiales de las colonias; declaró, en fin, a todo hombre, de cualquier religión o color que fuese, habilitado para ejercer todos los derechos que daba la Constitución. El trabajo quedó emancipado: en la tierra por él fecundada cesó la traba que le imponía la exacción del diezmo de sus pro-

ductos; cesaron de verse limitados sus cambios a los confines de las provincias por medio de las aduanas interiores; cesaron de interrumpirlo los servicios corporales; cesaron de comprimirlo los gremios, y así llegó a constituir la futura fuerza del Estado.

“En materias políticas, la Asamblea sancionó el principio de la soberanía popular para el ejercicio del gobierno, con poderes delegados por elección; se separaron los poderes judicial y administrativo, confundidos en el antiguo sistema. La división del territorio en pequeños departamentos opuso a la reproducción de los privilegios provinciales un obstáculo insuperable; preparó para la Francia vigorosos elementos de unión, de fuerza, de prosperidad; facilitó la unidad legislativa y el rápido despacho de los negocios, y aseguró y acrecentó inmensamente la importancia de París.

“La venta de los bienes nacionales, además de los medios que ofrecía al Gobierno, aumentaba el número de los propietarios; restituía al cultivo inmensas posesiones e interesaba a multitud de personas en el triunfo de la Revolución. Después se abusó de esto, se recurrió a la odiosa medida de la confiscación que por la Asamblea misma había sido abolida, y los asignados, en vez de evitar la bancarrota, la produjeron.

“En el orden eclesiástico fué donde la Asamblea intentó las mayores innovaciones. Así como al principio la única religión admitida era la católica, formando el clero parte del Estado, teniendo tierras, diezmos, cuantiosas rentas y administración propia, entonces se abolieron los diezmos, se decretó la libertad de cultos, se asignaron sueldos a sus ministros y desamortizáronse sus bienes.”

José Enrique Rodó

No acierto a decir por qué tengo la sensación de que ciertas frías noticias telegráficas debieran coincidir con un trastorno cósmico. Me refiero a la noticia de la muerte de José Enrique Rodó. Un terremoto impresiona nuestros nervios, sacude dolorosamente este viejo sentido de la seguridad en lo indesquiciable de nuestro planeta, pero es un fenómeno local que nada influye en el porvenir de un continente, de una raza, de una lengua. Mas la desaparición de un espíritu como el de Rodó, fruto selecto y casi único de todo un continente; la muerte de un hombre que era justamente el tipo humano que más necesita nuestra América hispánica e intertropical, toma las proporciones de un desastre ético.

Rodó era más que un literato, un artista, un crítico y un publicista: era un apóstol de los últimos días, el maestro que nosotros necesitábamos, nuestra concien-

cia continental. El distintivo capital de nuestra América fué durante un siglo de vida independiente la nerviosidad impulsiva, un sentimentalismo infecundo, la movilidad espasmódica, la incertidumbre sobre nuestros caminos y sobre nuestros destinos. De aquí que fuera cuajando en el espíritu de todo hispano americano—hombre de estado o literato—un sentimiento de impotencia, de melancolía irreflexiva como si estuviéramos destinados a una irremediable inferioridad delante de otras razas más frías y aparentemente mejor dotadas. Nosotros, meridionales idealistas, carecíamos de todo ideal o los cultivábamos mezquinos y flotantes; y en cambio los anglosajones en el norte iban realizando vigorosamente su propio porvenir. Algunos magnos espíritus adivinaron en el curso del siglo XIX—de Sarmiento a Montalvo—los posibles grandiosos destinos de nuestra raza en América; pero el sentimiento dominante de impotencia, de cansancio y hastío creaba entre nosotros una atmósfera irrespirable. A todo esto se agregaba que las grandes distancias, la falta de intereses materiales comunes, las preocupaciones interiores, la ignorancia

popular, los celos y rivalidades, mantuvieron separadas unas de otras las naciones-americanas, cuando no ignorándose totalmente. Parecía imposible formar una corriente continental, algo que fuera capaz de ligar todos los espíritus del Río Grande al Cabo de Hornos; y apenas tal cual pensador alcanzaba a romper las murallas que separaban una de otra las regiones americanas. Faltando la solidaridad, faltaba la conciencia del continente: y durante un siglo las pequeñas conciencias nacionales antes se oponían que servían a un ideal general.

Rodó trató de crear esa conciencia hispano-americana. Comenzó por la literatura. Comprendió que la palabra artística, en un pueblo latino, podía ser el más formidable lazo de unión entre los grupos dispersos en la selva tropical. Pensó que una revolución literaria hecha por la juventud americana que desquiciara los viejos conceptos académicos, que conmoviera nuestra lengua tan rica y tan noble pero tan quieta, bajo el reactivo de los novísimos procedimientos de la literatura francesa, vaciado en el gran crisol indígena de nuestra América revolucionaria, pensó, repito,

que esa podría ser la manera de crear una literatura propiamente americana. Y, un continente que tiene una literatura, tiene ya un principio de conciencia.

Desde los tiempos lejanos de las luchas épicas que modernistas, simbolistas y decadentes sostuvieron contra el viejo armazón académico, Rodó dedicó toda la potencia de su espíritu a cultivar esa tendencia. Su estudio sobre Darío fué el punto de partida. Con grave y profético acento analizó la obra del reformador lírico y magnífico, aplicándole, si se puede decir así, el rigor científico de un experimentador de gabinete; dijo las excelencias del autor de las *Prosas Profanas*; mostró las posibilidades de la renovación literaria; y la juventud absorta escuchó con recogimiento aquella prosa magnífica y densa de ideas, calculada y severa, digna de Taine o de Jorge Brandes; realizó materialmente delante de sus lectores la belleza sutil, la gracia inefable, del Maestro. Y nadie más en América, salvo tal cual espíritu conventual y adocenado, ha vuelto a reír de Darío; y por primera vez la muerte de un poeta ha sido un duelo para todo el continente.

Rodó había pensado bien. En torno a la nueva corriente literaria se agruparon todos los espíritus jóvenes, ansiosos de nuevas ideas, de emociones artísticas que las viejas logomaquias no podían darles. Los escritores nuevos, a lo largo del Continente, se leyeron unos a otros: Lugones fué tan popular en Méjico como Nervo en la Argentina; en los cenáculos literarios de Lima se recitaban los maravillosos poemas de nuestro Valencia, como se leían en Bogotá los versos de Chocano. Méjico, Habana, Lima, Bogotá, Santiago, Montevideo, Buenos Aires, la misma Río, llegaron a formar una república literaria, a la sombra de ciertos nombres gloriosos, en donde dominaban intereses comunes. Estaba creado un principio de solidaridad americana.

Y, cosa curiosa: el movimiento se propagó a la madre España. Como en otro tiempo nuestro oro en el vientre de los grandes galeones marchaba a remozar la Metrópoli exhausta de tanto vivir y crear, los modernos trasatlánticos llevaron a la península nuestras normas espirituales. El León ibérico florecía en sus cachorros y ensayaba zarpazos originales. Y el movi-

miento que en un principio trató de agrupar un continente, parece haber tomado un valor racial. Este también era un sueño carísimo para Rodó. Hoy conocemos y amamos más nuestra España; sus grandes dolores hieren nuestra carne y nuestro espíritu; los cañonazos de Santiago y de Manila nos dieron en el corazón; y la raza española, una de las flores más originales y vigorosas de la especie humana, no volverá a representar su papel en la historia sino el día en que se solidaricen en un movimiento común todos los pueblos que hablan su lengua, esparcidos sobre el haz de la tierra, de Filipinas a los judíos de Levante.

Más tarde siguió Rodó cultivando sus ideas cardinales en libros de una rara perfección, de análisis agudísimo y de olímpica serenidad. *Ariel*, *Motivos de Proteo*, *El Mirador de Próspero*, son obras dignas de los más altos espíritus. Sobre una inmensa cultura clásica; con una comprensión agudísima de los valores paganos y simbólicos del arte griego y romano; y al mismo tiempo con un instinto de hombre del Renacimiento y una disciplina de moderno investigador, ha levantado su obra

literaria. Los más nimios conceptos toman un valor trascendental bajo su pluma. En la cumbre serena donde habita su espíritu, hombres y dioses, el tiempo y el espacio, los más cotidianos acontecimientos de la política tropical y las más altas especulaciones del espíritu son en sus manos como greda fina y dócil.

Su estilo, de cepa castiza, como de quien ha trajinado en el riñón de los clásicos, explota magníficamente todas las audacias modernas. Dice la totalidad de su pensamiento, para que sea entendida por los espíritus más cultivados; pero es tal la limpidez de su prosa, que es uno de los pocos pensadores en América que sin prestigios políticos va adquiriendo popularidad, como se dice hoy.

Tiene una fe profunda en el valor del símbolo. Ariel es el genio aéreo y sutil, ligero, penetrante y armonioso, uno de los más espirituales conceptos de todo el drama shakespeariano. Simboliza la parte noble y activa del hombre, libre del peso de la obra muerta que la carne significa, con todas sus pasiones, sus instintos, sus pequeñeces brutales. Ligero y gentil, se disuelve en el éter de donde viniera, sím-

bolo de los más puros ensueños humanos. Próspero es el Mago, el sabio que todo lo sabe y lo puede, la conciencia reflexiva que ama y perdona, porque comprende. Y Proteo es el humano pensamiento, enorme, indeciso y multiforme, que apacienta su rebaño de ideas sobre la mar tempestuosa de lo desconocido. A la sombra protectora de estos tres magníficos símbolos, proclama el imperio del espíritu sobre las contingencias de la vida, de la razón sobre los instintos, de la conciencia sobre los intereses pasajeros.

Y bien se comprende que semejante filosofía trascendental, si ésta manoseada y anquilosada palabra puede aplicarse a un libre concepto de la vida, dicha con voz armoniosa a la juventud hispano americana, ha debido tener una formidable resonancia. En frente de la cultura positiva, numérica, meramente cuantitativa de los americanos del Norte, es preciso que nosotros, latinos, levantemos la nuestra armoniosa y sutil, hecha de belleza y de eutritmia, como verdaderos hijos de las civilizaciones mediterráneas. El problema secular de Europa se reproduce en nuestra América. Al norte, una civilización gótica,

germánica, sajona, normanda en una palabra; al sur una de aspecto greco-latino, más o menos arabizante, con el tinte original que el trópico encendido puede darle.

Y este destino manifiesto es el que Rodó quisiera ver realizado en la América española. Del Norte debemos tomar la fuerza brutal que nos ayude a dominar nuestra naturaleza bravía; pero solamente eso. Nosotros debemos ser los dueños del espíritu; debemos representar en el conjunto americano el sentido de la armonía; debemos ser en América lo que fueron en Europa, Grecia, Italia, España y Francia. Debemos ser la luz y el color, la línea y el ritmo ponderado y tranquilo. Todavía más: debemos aspirar a ser los maestros de belleza de nuestros vecinos del Norte. No es tarea imposible: el simple contacto de ese conglomerado monstruoso que se llaman los Estados Unidos con el ambiente criollo de los Estados del Sur y de las Antillas, ha producido en la gran república una afición musical por los aires primitivos. La música popular que fascina la gran mayoría de los norteamericanos es *negroide*, si se puede decir así; la coreografía popular está teñida de zambra mu-

lata; ciertos gestos del *twostep*, el *foxtrot*, el *turkey trot*, muestran su procedencia africana; al través de esas simples melodías se adivina la *cumbia*, la *guajira*, la *rumba*; y nadie ignora la popularidad que han alcanzado los aires de Hawaii. Y solamente por aficiones ancestrales perduran en la memoria los viejos aires europeos, lentos y soñadores, los *lieds* germánicos, el *Home, sweet home*, las melancólicas melodías de Escocia e Irlanda. Y debemos ambicionar para nosotros un poder creador más contagioso que el de los mestizos antillanos; y esta nueva conquista de los bárbaros es ciertamente un ideal digno de los biznietos de la Loba romana.

Hé aquí el ideal, la meta luminosa que debe seguir nuestro continente, y hé aquí la base de una conciencia hispano-americana. A la conquista de esa conciencia deben tender todos los que piensan, todos los que escriben, todos los que en alguna forma enseñan a sus conciudadanos, y los gobiernos y los parlamentos. Y lo primero, salir del caos político que ha engendrado el jacobinismo en sus dos tendencias, la radical y la reaccionaria, la conservadora y la liberal. Y para ello dar toda su efi-

ciencia a la mágica palabra *tolerancia*, no basada en un *tierno desprecio* de los hombres, según la palabra de Anatole France, sino en un encendido amor a las ideas y en la magnánima serenidad que engendran en el alma.

Tolerancia, libertad en los espíritus, amplios horizontes al pensamiento y al ensueño, frío desprecio por lo mezquino y lo mediocre, solidaridad en el esfuerzo común y una gran piedad por los hombres, tal podría definirse el evangelio que Rodó predicaba a todos los que en América tuvieron influencia. Y la idea está en camino. Corrientes espirituales recorren de norte a sur el continente. Las naciones renacen del caos. Principios de organización política, de estabilidad social asoman aquí y allí. Todos los días se lee más, y comenzamos a escucharnos unos a otros. Es preciso romper todavía muchos vicios y aberraciones anticuadas; todavía necesitamos que se aquieten un poco las revueltas aguas; pero es indudable que aquella Conciencia continental ha nacido.

*
* *
*

Uno de los mayores creadores de esta magnífica obra acaba de morir en Roma,

la tierra solar cuna de nuestra raza, que conquistó y domó y pulió al bárbaro hiperbóreo, sujetó al beduino del desierto, realizó como vida y como arte la suprema belleza, y hoy defiende en los campos de batalla el levantamiento de las razas oprimidas y de las naciones débiles, la libertad humana, las grandes ideas civilizadoras que nacieron como Venus de las aguas azules del Mediterráneo. La América hispánica debe meditar en el símbolo lleno de presagios, de este latino que fuera su conciencia, que va a descansar a su propia fuente, como las aguas que en forma de nubes vuelven a las montañas a fecundar los ríos inmensos sin rumbo y sin orillas.

Mayo 10-1917.

(*Renacimiento.*)

AQUILINO VILLEGAS
(Colombia.)

Siempre me ha sorprendido ese fenómeno de incomprensión de un hecho que a nosotros, los americanos, nos parece de una evidencia lógica, con arreglo a leyes naturales que no han fallado en todo el tiempo comprendido en

los ciclos históricos. Ese hecho es que la América, que a pesar de las peculiaridades regionales que individualizan sus diversas unidades políticas, y tal vez por esas mismas peculiaridades que sirven para enriquecer psicológicamente el conjunto, forma una entidad que originariamente, y cada vez con más acentuación, tiende a unificarse en la armonía superior de un equilibrio económico, de un orden jurídico y de una solidaridad internacional hasta hoy desconocida en los anales humanos. Serán elementos de una nueva civilización que sólo podrá desenvolverse con órganos nuevos, adecuados a la índole propia de las funciones que les competen. Estas son, deben ser y serán en muchas cosas, concordantes y solidarias con las de las sociedades europeas, pero no iguales, ni en sus medios ni en sus fines. La humanidad, con la colaboración principal de la cultura europea, está formando en América esos nuevos órganos de una nueva vida, que son todas y cada una de las naciones del nuevo mundo; éstas no podrían responder a esa finalidad si se desarrollasen como una simple prolongación de la vida, el pensamiento y el orden jurídico europeo.

JOAQUIN CASTELLANOS
(Argentino)

Una anécdota de Beethoven

MIENTRAS mi compañero se mete en una fábrica de Solingen hoy sábado, y mañana domingo pasa el día con un obrero que dará grandes noticias sobre la industria que estudiamos, yo me voy a Colonia y me voy a Bonn. Al llegar a Colonia he tenido esta duda; fuera de la estación, en frente de la gran Catedral:

—¿Qué hago? ¿Me quedo aquí para ver antes la catedral magnífica, o me voy a Bonn para ver antes a Beethoven?....

Sólo el sonido de este nombre sagrado tiene para mi corazón irresistibles seducciones. Yo he comprendido su música como ninguna otra; no ha habido nada en el mundo que me haya explicado mejor lo que es la poesía y la mujer; a él le debo los más encantadores ensueños de la vida y del amor y de la juventud....

Cuando yo era adolescente y paseaba solo por los campos de mi pueblo, en el silencio solemne de la Naturaleza, me quitaba el sombrero religiosamente para oír la sonata XIV que solía tocar en un hotelito aislado, una linda

muchacha enferma que iba a pasar los veranos a las montañas. Después yo continuaba mi paseo por debajo de las alamedas en silencio, hasta la noche siguiente en que la niebla a veces llenaba los valles de girones blancos como túnicas de mujeres ingravidas y misteriosas....

Yo he comprendido su música como ninguna otra; le debo toda la poesía que dulcifica la tragedia del vivir; si soy bueno, se lo debo a él; si soy feliz, se lo debo a él; si la voz de una mujer me extremece, se lo debo a él....

Dejé todo y me fuí a Bonn. Llegué al anocheecer, en el tranvía eléctrico que sale de la orilla del Rin. Desde que yo había puesto los piés en Alemania pensé no salir de ella sin hacer una visita al Maestro que tan profundamente me había iluminado.

¡Por nada del mundo hubiera yo dejado de pasear una noche en Bonn! Enseguida que paró el tranvía pregunté por la estatua de Beethoven y fuí corriendo a vagar junto a ella, cuando ya empezaba la noche a caer bajo las copas de los árboles de la poética ciudad. Como no llevaba ningún otro objeto, me senté en seguida frente a ella: por el oro del ambiente crepuscular pasaba el oro de las cabecitas rubias; por la música del aire en las hojas, pasaba la música de las vocesitas de mujer....

La soledad, la luna que subía, la presencia del Genio y mi sentimentalismo me hicieron

recordar la anécdota de la sonata "*Claro de luna*". Toda la escena pasó por el fondo de mi vida interior y yo la reconstituí con deleite inefable. ¿No la habéis oído? Como yo estuve toda la noche en Bonn y vagué por las calles y me espiritualicé para hablar con los muertos, me ha quedado la idea de que paseé algunas horas del brazo de aquel gran amigo que anduvo con Beethoven la noche poética de la sonata "*Al resplandor de la luna*".

¿No habéis oído la anécdota?....

.....
"Era en Bonn, que es una bella ciudad de árboles y de paisaje. Era en Bonn, durante una noche de invierno, una noche blanca, una noche de serenidad y de silencio por las calles....

Llamé a Beethoven invitándole a pasear conmigo. Corríamos las calles más solitarias, unas veces hablando de las bellas cosas de la juventud, otras veces en coloquios con nuestro propio corazón.

Al pasar por una de las más olvidadas callecitas, se paró de repente Beethoven: en el fondo de la calle sonaba un piano que estremecía nuestras almas, que humedecía, nuestros ojos.

—¡Silencio!— me dijo.— Es mi "*Sonata en Fa*".... ¡Ah!, ¡qué profundamente la ha sentido el que la toca!

En la paz poética de la calle y del momento, anduvimos unos pasos, silenciosamente.

recordar la anécdota de la sonata "*Claro de luna*". Toda la escena pasó por el fondo de mi vida interior y yo la reconstituí con deleite inefable. ¿No la habéis oído? Como yo estuve toda la noche en Bonn y vagué por las calles y me espiritualicé para hablar con los muertos, me ha quedado la idea de que paseé algunas horas del brazo de aquel gran amigo que anduvo con Beethoven la noche poética de la sonata "*Al resplandor de la luna*".

¿No habéis oído la anécdota?....

.....

"Era en Bonn, que es una bella ciudad de árboles y de paisaje. Era en Bonn, durante una noche de invierno, una noche blanca, una noche de serenidad y de silencio por las calles....

Llamé a Beethoven invitándole a pasear conmigo. Corríamos las calles más solitarias, unas veces hablando de las bellas cosas de la juventud, otras veces en coloquios con nuestro propio corazón.

Al pasar por una de las más olvidadas callecitas, se paró de repente Beethoven: en el fondo de la calle sonaba un piano que estremecía nuestras almas, que humedecía, nuestros ojos.

—¡Silencio!— me dijo.— Es mi "*Sonata en Fa*".... ¡Ah!, ¡qué profundamente la ha sentido el que la toca!

En la paz poética de la calle y del momento, anduvimos unos pasos, silenciosamente.

Conmovidos nos paramos en el umbral de la casita humilde y escuchamos, sin respirar ni hacer ningún ruido, porque oíamos casi el palpar del corazón que tocaba al otro lado de la puerta. Súbitamente el piano calló, y una vocesita, sollozante casi, dijo:

—No puedo más. ¡Es tan hermoso que va mas allá de mis fuerzas! Tiene una grandeza que no se puede hacer más que soñar con ella. No lo puedo tocar....

Callábamos. Y la vocesita volvió a decir, suavemente, como un motivo de balada:

—¡Oh, cuánto daría por oír uno de esos grandes conciertos de Colonia!....

Entonces una voz de hombre, de sonido consolador y paternal, habló con la otra:

—Hermana, ¿para qué soñar así? Consolémonos con nuestro piano. Nuestra pobreza no nos deja oír, ni ver, ni marchar; pero es dulce porque tenemos el consuelo de nuestro corazón que siente el amor y el arte.

Fuese nuestra emoción, la escena, el sentimiento de religiosidad que brotaba de la noche solemne y de la música; fuese lo que fuese, las voces de aquellos dos hermanos, acurrucados en aquel rincón de paz y de resignación, sonaban a diálogo de justos. Beethoven me miró invitándome con su mirada y con su gesto a que entrásemos. Estaba conmovido hasta lo más hondo y misterioso de su corazón. Yo no me atrevía a llamar.... Pero

Beethoven, resuelto, arrugada aquella frente como se le arrugaba en los grandes momentos de su vida interior, empujó la puertecita de la casa.

De pronto nos dió la luz del cuarto y nos hallamos sin saber qué decir.

Un joven pálido, detrás de una mesa, trabajaba en zapatería. Una muchacha rubia, de cabellera que la luz ponía como el oro, estaba sentada, con un codo sobre el piano antiguo. El pelo de la preciosa cabecita, tapaba la mano en que se apoyaba el rostro melancólico; la otra mano estaba sobre la falda oscura, blanqueando como una manita muerta....

—¡Perdonad! — dijo Beethoven. — Oímos la música y no nos pudimos detener, porque la música es nuestra pasión más fuerte. Es una bella locura lo que hemos hecho, dispensad....

—Sí, dispensadnos—dije yo también ayudando tímidamente.

Ella, la muchachita de cara triste y del pelo de oro, se puso un poco roja. El hizo un visible gesto de molestia, enojado y severo.

—Perdonadnos—volvió a decir Beethoven.— He entrado porque yo sé también música, porque somos un poco soñadores, porque hemos oído un poco de vuestra conversación y porque pensamos que os podía tocar alguna obra maestra. ¿Usted desea oír? La gustaría que un desconocido, llegado de una manera inesperada, tocase algo para usted, que no ha

podido oír los grandes conciertos de Colonia?

Había no se qué de bondadoso y natural y amable en la voz de Beethoven, que el hielo se rompió. Ellos, los dos hermanos sonrieron involuntariamente; nosotros nos sentimos también aliviados de la severidad de la situación.

—Gracias, señor; pero nuestro piano es muy deficiente—dijo con un poco de vergüenza el joven trabajador. Echamos también de ver, entonces, que no había música. Beethoven preguntó que cómo había podido aprender aquello sin los papeles....Pero pronto, el gran Maestro detuvo estas palabras que eran de un tono de confianza y de broma; las detuvo porque, mirando a la carita triste de la joven, vió con dolor que la pobre muchacha era ciega.

—¡Oh, perdonadme, señorita! No me había fijado. ¿Entonces teneis el mérito de tocar de oído? Pero, ¿dónde oye usted música, puesto que no puede ir a los conciertos?

—Oí tocar a una señora que vivía cerca de nosotros cuando estuvimos en Bruhl. En las tardes de verano sus ventanas estaban abiertas y yo escuchaba desde la verja del jardín.

Beethoven no habló más entonces: ella era tímida y humilde.

Se sentó tranquilo delante del piano viejo y empezó a tocar: las sensaciones que nos produjo el primer acorde, nos revelaron la grandeza del solemne momento que iba a llenarnos de felicidad. Nos lo reveló aquel gesto, aquella

arruga de la frente, aquella serenidad de apostólica inspiración, como un Jesús consolando en la casa de los pobres....

Durante los muchos años que le conocí, nunca le oí tocar igual: jamás tocó como le oí tocar aquella noche para el trabajador poeta y para la hermanita de los ojos ciegos. Los dedos del Maestro dulcificaron el piano antiguo y sonó como una música de ensueño, transportadora y religiosa.

Un silencio como el de Dios en la Naturaleza inmensa, reinó en todo como si todo el Universo oyera, nó como si escucháramos únicamente los tres insignificantes mortales que teníamos aquella felicidad en nuestro corazón, ¡aquella única felicidad que bajó sobre el mundo aquella noche!

La ciegucecita rubia, estaba acurrucada, comprimiendo todo su ser, recogida toda la materia hacia el espíritu.

El pobre trabajador había quedado en éxtasis....

De repente, la llama de la bujía única, que estaba en alto, vaciló y se apagó del todo. Beethoven se paró, y yo abrí de par en par las contraventanas para que entrase la blancura dulce de la luna. La cadena de las ideas pareció romperse con aquel incidente: Beethoven dejó caer las manos sobre sus rodillas, oscureció la luz de su rostro y se quedó en ensueño.

La luna, los rayos de la luna, le envolvían como a un santo....

—Hombre extraordinario, ¿quién y qué es usted—le dijo suavemente el hombre de la casa.—¿Quién es usted?....

El Maestro sonrió entonces, endulzando su fisonomía, y diciendo:

—Oiga usted.—¿Quieren oír un poco de lo que tocaba antes la señorita?

Se puso al piano de nuevo, y vibró por el gran silencio la "*Sonata en Fa*".

Cuando la oyeron salir del corazón de Beethoven, los dos hermanos, como por evocación, al Maestro:

—¡Ah, Dios mío!, es usted Beethoven!

Los ojos de la ciegucecita lloraban. Pasado el solemne momento de sentir la música, y de sentir la proximidad del creador, la pobre joven rubia, la pobre muchacha de tan gran corazón, se puso de pie y anduvo bajo la claridad. Como un ser intangible y de milagro, las manos tendidas, el rostro en luz, llegó hasta el Maestro. Y con la voz que era como otra sonata, le dijo:

—No os marchéis. Tocad otro poco. Os ha mandado Dios. ¡Sólo una vez, Maestro!...

El todopoderoso de la música se dejó coger con las manos de luz, con las manos exangües de la ciega. El no se atrevía a hablar de aquel magnífico momento de claror de luna, por una exquisita delicadeza hacia el dolor de aquellos

ojos apagados. Pero después de callar unos instantes, bajo el paisaje de la noche blanca, dijo a la ciegucecita, como si en realidad hablara sólo para ella:

—Entonces improvisaré para usted una sonata que podrá llamarse mañana, otro día, “Al resplandor de la luna....”

Miró un poco al cielo pensativamente, y empezó un armonioso compás suave, como el paso de una luz en la noche, como la onda de la luna sobre el paisaje: un compás que daba la sensación del desprendimiento de la carne y de la elevación del espíritu soñador.

Después un complicado compás de tiempo triple, rodó por el silencio de la noche, como si aquello quisiera describir una danza fantástica de los espíritus bajo los árboles del bosque, en la gran soledad del campo.

Y por último, el *agitato finale*, semejando la descripción de una huída de la tierra — una huída llena de ansia, de incertidumbre y de temores impulsivos—abatió nuestros corazones en el silencio definitivo de la escena.

Beethoven se levantó con la actitud de un iluminado o de un héroe. Cogió las manitas, las dos manitas delgadas, exangües y luminosas, y dijo adiós.

—¿Volveréis algún día?

—Sí, volveré a tocar para usted. ¡Adiós!

Por la calle solitaria, llena de paz serena, de una noche magnífica, marchamos poco a po-

co, adormecidos en el encanto de aquella hora de poesía. Pasamos aún, para mayor gloria del corazón, por encima del Rhin, que plateaba en el fondo del silencioso paisaje.

Después Beethoven no quiso vagar más y se metió en su casa a escribir la sonata junto a los cristales inundados del claror de la luna....”

.....

A media noche he venido al Hotel. Por la ciudad no se oyen pianos; del fondo de los jardincitos no salen músicas de manos pálidas. Pero he traído de la soledad, de los árboles, del silencio de las calles y de la contemplación de la estatua, una música interior que me levanta el corazón hasta el cielo....

R. SANCHEZ DIAZ

América para la humanidad, dijo Sáenz Peña, aplastando de un solo golpe con esa llamada ilimitadamente generosa, el tortuoso y mezquino postulado yanqui. Aquel principio tiene su glosa convincente y simpática, en toda producción de Rodó, singularizada por la liberal amplitud de ideas, por el armónico equilibrio de su sistema, que no es ningún otro sino la carencia de prejuicios, el desecho íntegro de los fermentos tradicionalistas ó anárquicos que neutralizan la esencia beneficiante de las modernas democracias.

HUMBERTO TEJADA
(Venezuela)

El problema del nido vacío

Para D. Guido da Verona.

En este rinconcito que abriga la inquietud del alma sumergida, del cuerpo sin salud; mientras miran los ojos con ternura las cosas de siempre:—la colmena bajo un parral de rosas, de muy lejos un abra que se parece a un charco azulado, una hilera de llorones, un arco de follaje solemne como un portal sagrado—, mi pensamiento espáciase más allá, dominado por la honda tristeza que brota de las cosas de siempre: azul de charco y fragancia de rosas. . . . Mi pensamiento arrostra un problema que espanta: Por qué estará vacío el nido en esa planta de duraznos? El trino del hornero me había acariciado anoche con la escueta armonía de dos notas. Pensaba yo en el tic-tac monótono de un reloj que midiera las horas con insócrono balancear. . . . Y ahora no hay más nada, nada más que un vacío bultito con su tierra abalada como una esponja. El nido no tiene alas ni trinos. ¡Qué fúnebre parece el crujir de esos pinos, antenas de una escuadra navegante al destierro! ¡El vacío de los nidos! Se oye aullar a un perro en la quinta cercana. ¿Alguien ha muerto acaso? La brisa pasa y tiene morbideces de raso, y los pinos arrullan como arrulla el torcaz en bandada. ¿Quién pudo, pues, quitarme la paz en este rinconcito? ¡Ah, el problema del nido vacío! ¿Quizás no fuera más útil el olvido

de todos los problemas que no se acaban nunca,
esas preguntas trucas como columna trunca,
esas dudas, ese vago vago jugar al acertijo,
esos sueños que vagan faltos de rumbo fijo,
ese llorar callado, esa carrera en pos
de una sombra que trepa desde el misterio a Dios?
Y el perro sigue aullando, y la brisa suave
sopla: es azul el abra a lo lejos. ¿Quién sabe
hacia donde volaron mis tiernos horneritos?

Y esos hombres que dejan sus humildes ranchitos,
sus aldeas confiadas al amparo del cielo,
esos hombres que dejan el maternal consuelo
y la ardiente fragancia de los besos hurtados
detrás de un cerco, cuando amanece y los prados
se parecen a mares de azucena; esos miles
de hombres, ¿dónde llevan sus miradas febriles
y sus cantos marciales? ¿Volverán? ¿Volverán?
Oh, la canción del yunque y del fuelle el refrán,
el himno del arado y el canto de la hoz
que salían del misterio para alcanzar a Dios,
qué alegres, qué apacibles en su humildad serena!
Ayer la madre buena, la compañera buena,
el césped florecido, el pingo que relincha
si el gallo le despierta, el aguijón que pincha
a los cándidos bueyes, la llama de la fragua,
la barquilla que pinta una estela en el agua;
ayer la vida sana, sencilla, alegre y santa,
hoy la violencia, el odio, hoy la muerte que espanta,
el cañón, la trinchera hecha de sangre y lodo....

Es cierto; una bandera es algo, es mucho: es todo
el corazón de un pueblo lanzado al viento, al sol;
es la gota más pura volcada del crisol
de una raza, hecha lienzo en el telar de siglos;
y si la patria pide la vida de sus hijos;
si la patria en peligro, suelta la cabellera,
se yergue, y llama, y espera, eso es la bandera;

y entonces por la vida, entonces por la muerte,
de pie, todos! Bendita la sangre que se vierte.
Tal fué: con voz de anciano Simónides cantaba
la alabanza del héroe: la encina cobijaba
con su sombra a los muertos. Tal fué: tendía Tarconte
la mapo incierta: —Hijos, alerta!—Desde el monte,
desde el mar, de las lomas acudían, acerados
de odio: flameaba el pendón, los astados
arrojábanse en contra de la hueste invasora:
el ocaso sangriento reía como una aurora.
Tal será? Dios no quiera.

Pero, ¡cómo se aleja
mi pensamiento! El áspero zumbido de una abeja
me trastorna; se ensancha como si fuera un grito
de guerra. No hay más paz en este rinconcito
quedo. Quisiera hácerme un alma nueva, un alma
tierna que difundiese en rededor la calma
que anoche se han llevado mis horneros amigos:
abrigar a las cosas que brindábanme abrigos;
quisiera acrisolarme, penetrar en las cosas,
entender el lenguaje fragante de las rosas,
hundir este mi cuerpo dolorido en la taza
lejana, estremecida por la brisa que pasa,
y salir abstergido, puro, bueno, sencillo,
sin rencor para nadie, sin odio, sin humillo
de vanidad; y luego yo también trabajar
en la fragua, en el césped, o nauta en el mar;
yo también ser abeja, yo también ser hormiga...
Así purificado, para voz, dulce amiga,
yo pediría retoños nuevos a la poesía
y alacridades nuevas a mi sangre tardía.

El perro aulla; el eco centuplica esos gritos.
¿Hacia dónde volaron mis tiernos horneritos?

La Plata.

FOLCO TESTENA

(Nosotros, Buenos Aires.)

Granadas de otoño

¡ Risa roja de las granadas bajo el oro otoñal !...
Cómo se abren, tras las tapias de las huertas, cual
bocas traviesas que brindan un beso furtivo !
Cómo resaltan en el azul sus lindas cúpulas ver-
des. Y cada hoja es una lengua de esmeralda que
canta las excelencias de la tierra pródiga. Y cada
rama es un brazo que se levanta al infinito con
el ademán de quien ofrece un presente. Y cada
granada es un cofre de rubíes cuya tapa es una
corona.

Frente a la risa roja de las granadas brilla eter-
namente la sonrisa azul del mar. Divinos y for-
midables amoríos ! El, al crepúsculo, cuando las
velas latinas desfilan como una procesión, se lle-
na de luceros con un amplio gesto galante. De
vez en cuando, en las cóleras súbitas de las ma-
reas, intenta romperlo todo para acabar de una
vez y sólo consigue volcar la enormidad de su
deseo sobre la playa estremecida y selente... Lué-
go se retira y renovando el mito hespéride, es
como un dragón de oro que custodia sus rubíes...

RAMON HURTADO

(De libro *Cofias, Nieblas y Molinos.*)

El donoso escrutinio

EL escrutinio tan donosamente descrito por la pluma inmortal da una enseñanza de gran provecho para acertar en la selección de lecturas y ordenamiento de bibliotecas.

Describe Cervantes esta escena y dice:

Entraron dentro todos y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse a salir del aposento con gran priesa y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

El rodar de los tiempos ha puesto en profundo olvido las disparatadas obras de caballería andantesca, cuya lectura volcaba el juicio con el trastorno de una facultad psíquica tan valiosa, cuando bien educada, como la imaginación. Seguramente que ni aun a quienes más fogosa la tienen por naturaleza deleitarían hoy las necesidades de aquellas historias extravagantes, por la mayor parte desnudas de ingenio, de fábula inverosímil y disparatado enredo, que fueron encanto de algunas generaciones; pero como lo

dañino muda de forma y no desaparece de este obscuro valle en donde la maleza crece siempre entre las plantas útiles para ornamento, fragancia y medicina, han brotado en estos nuestros tiempos nuevos libros tan perniciosos como los antiguos de caballerías, que bien merecían otro corral en donde amontonarlos y prenderles fuego. Esta moderna pestilencia de las letras son las novelas policiacas, de argumento mucho más traído por los cabellos que cuanto fuere capaz de forjar una imaginación enferma en pleno desvarío. Es indudable que así como a Don Quijote le remataron el juicio las enrevesadas sinrazones de los libros de caballerías, a no pocos muchachos les han puesto las novelas policiacas en camino de la cárcel por el afán de imitar las tretas y artimañas de que se valen los ladrones en ellas retratados para burlar a los investigadores.

Tal vez si de estas nefandas novelas, que del libro han pasado a la película y la escena, se hiciera un escrutinio por el estilo del que con tan serena imparcialidad hizo el cura con ayuda del barbero en la librería de Don Quijote, hubiera alguna merecedora de absolución general, como *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Inglaterra* y *Tirant lo Blanch* hallaron gracia a los ojos del escrutador; pero con todo, las excepciones que el buen gusto pudiera contar en este nuevo género de literatura malsana son demasiado cortas para perdonar, por los méritos no muy bien empleados de su ingeniosa inventiva, la multitud de chabacanerías con que plumas mercenarias pervierten el gusto de la juventud y extra-

vían su apetente imaginación. Por este motivo los padres celosos de la buena educación de sus hijos, ni por la al parecer honesta vía de entretenimiento deben consentirles en manos esos esperpentos de trama policiaca que acabarían por secarles el cerebro con sus imposibles disparates.

Cuando lectores y espectadores echen de ver el parentesco de todas estas obras de perversión y adviertan la fatigosa semejanza de unas con otras, como semejantes eran las de caballerías en tiempo de Cervantes, abandonarán tan perniciosa corriente; pero la prudencia y responsabilidad de los padres de familia no ha de aguardar a que el daño se remedie por natural reacción de las aficiones del vulgo, sino que han de desarraigarlo desde luego echando sin piedad a las llamas cuantas novelas y dramones hayan entrado en el hogar por el resquicio de la inadvertencia.

No contrajeron el cura y el barbero su escrutadora labor a los libros de cabellerías, pues también aplicaron su buen criterio a los de índole poética y el juicio que de ellos hicieron da por nueva enseñanza la ventaja de leer los poemas y todo linaje de poesías en el idioma original, cosa no muy difícil hoy gracias a la extensión del aprendizaje de las lenguas sabias. Dice Cervantes por boca del cura que si hallara al cristiano poeta Ludovico Ariosto hablando en otra lengua que la suya no le guardaría respeto alguno; pero si hablara en su idioma le pondría sobre su cabeza, y añade:

...que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra len^a

gua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.

La verdad de estas razones es evidente para cuantos conocen en su lengua de composición las obras maestras de la poesía que se llaman: *El Mahabhárata*, *El Ramayana*, *La Iliada*, *La Odisca*, *La Eneida*, *La Divina Comedia*, *El Paraíso Perdido*, *Orlando Furioso*, *Fausto* y el *Quijote* (pues la poesía, el poema y la epopeya tan bien pueden escribirse en prosa como en verso). Tales obras son imposibles de traducir a lengua extraña sin quitarles mucho de su natural valor.

Porque así como el cuerpo es a manera de pantalla a cuyo través refulge la divina luz del alma, y tan cumplidamente adecuada está a la naturaleza psíquica que la misma alma no podría manifestarse según es un cuerpo distinto del que Dios la proveyera al venir al mundo, así también una obra poética, expresión literaria de los pensamientos, afectos y potencias del alma, tiene en el idioma nativo su más perfecto instrumento y pierde mucho de su expresivo vigor cuando se la vierte a distinta modalidad idiomática.

Ne quiere decir esto que las obras poéticas de inspirado numen hayan de leerse forzosamente en su idioma original o dejar de leerse; pero apuntamos la ventaja de estudiar durante la segunda infancia las lenguas sabias con la amplitud suficiente para leer durante la juventud las obras maestras de la poesía, como inagotable fuente de inspiración, estímulo, aliento y cultu-

ra, en vez de dilapidar tiempo y esfuerzo en deprimentes novelones de folletín y demás lecturas malsanas.

El optimismo de Cervantes resplandece en el donoso escrutinio donde el cura va examinando imparcialmente los libros, con nota de sus defectos y la de sus méritos, y nos da a entender cuán cuidadosos hemos de ir en la selección de las bibliotecas domésticas, por la importancia capitalísima que en la salud de mente y cuerpo y por lo tanto, en la formación del carácter tienen las lecturas. El cura desoye las exclamaciones de la sobrina y el ama de Don Quijote que le incitan a no perdonar libro alguno, porque todos han sido los dañadores y les parece mejor arrojarlos al fuego. El cura no viene en ello sin leer los títulos y apartar el bueno para que no sufra inmerecidamente la misma pena inflingida al malo. Salva el cura de la hoguera los libros dignos de conservación por su sana e instructiva lectura, y atiende para ello a su valor moral y literario, porque la verdad puede salir de todo labio que de acertado instrumento de expresión sirva al pensamiento humano.

Nos enseña Cervantes en este pasaje de su obra inmortal el optimista fin de la lectura, que por medio del libro nos pone en comunicación directa de las generaciones pasadas, a despecho del espacio y del tiempo, y perpetúa en provecho de las generaciones venideras los acumulados tesoros de la sabiduría humana.

Por otra parte, la lectura es eficacísimo medio de educación intelectual, pues acertadamente dirigida y hábilmente insinuada sirve de toque

para descubrir la índole mental del educando y orientarle por la senda mejor adecuada a sus aptitudes. Porque así como en un laboratorio químico se analiza cualitativa y cuantitativamente la materia de los cuerpos, asimismo en una escuela se pueden reconocer por medio de la lectura la magnitud, dirección y sentido de las fuerzas mentales del educando y venir en conocimiento de que hay tres tipos de inteligencia perfectamente deslindados: el literario, el científico y el artístico. Quienes por congénita naturaleza poseen en grado superlativo una de las características de estos tres tipos, acaban por manifestarla espontáneamente, sin necesidad de la fuerza externa de la educación, pues son genios de la literatura como Homero, Shakespeare y Cervantes; de la ciencia como Newton y Kepler, y del arte como Velásquez y Beethoven. Los tipos intelectuales intermedios, los talentos, muestran con menor pujanza que el genio una o dos de las tres características intelectuales, y por último, las medianías, aunque sin duda tienen potencialmente las mismas cualidades del genio y del talento, necesitan la externa y estimulante fuerza de la educación para actualizarlas y fortalecerlas por el ejercicio. A estos indefinidos tipos intelectuales de incógnita valía les sirven de altísimo provecho las lecturas estimulantes para descubrir, según la emoción que levanten en su ánimo, las cualidades mentales que dormiten en su alma. He aquí la trascendencia pedagógica de la lectura, su hondo influjo en la formación del carácter y en el toque de las aptitudes del edu-

cando, y por consiguiente, en la dicha o infortunio de su vida.

Contra la vulgar opinión, nada más nocivo para la niñez escolar que esos cuentos fantásticos y narraciones inverosímiles, cuando no extravagantes, sin explícita finalidad moral, que como infeliz remedo de las consejas y leyendas populares excitan febrilmente la imaginación infantil y forjan en su flexible entendimiento un concepto lastimosamente erróneo del mundo y de la vida. Son estos desdichados cuentos un resumido trasunto de los libros de caballerías, que si de momento parecen deleitar y entretener a los niños, como las fantásticas aventuras de los paladines, entretenían en otro tiempo a los adultos, producen a la larga morbosos efectos mentales, porque infunden en las mentes y corazones infantiles ideas y sentimientos de todo punto incompatibles con la realidad y la idealidad de la vida.

En cambio, son de grandísimo provecho para la educación de la infancia las narraciones en forma amena entresacadas de las vidas de hombres célebres que en España y fuera de ella se alzaron por su propio esfuerzo de las simas de la obscura pobreza a las cumbres de la inmortalidad. Esta es la lectura estimulante mejor adecuada a la niñez y la más a propósito para forjar un ideal que les sirva de norte en los futuros propósitos de su vida.

Según la índole y temperamento de la celebridad de cuya vida esté entresacada la narración, a la vez *instructiva y recreativa*, producirá distinto efecto en el ánimo del niño que la lea,

y de aquí podrá inferir el padre o el maestro cuál es el tipo intelectual del hijo o educando.

Más tarde, cuando ya entrado en la pubertad sea capaz su mente de abarcar más amplios horizontes, llega la ocasión de ponerle en manos las obras maestras de la poesía, los poemas y epopeyas que como faros refulgen en las cumbres del arte literaria; pero guardémonos de fatigar su todavía tierna inteligencia con todo el peso de la obra, y contentémonos con darle a saborear el aroma, la esencia poemática, por lecturas fragmentarias. Estas lecturas, que pudiéramos llamar de segundo grado educativo, serán por una parte de mucho provecho para su cultura y pondrán de manifiesto las aptitudes científicas, artísticas o literarias del educando.

Las lecturas en prosa, igualmente estimulantes de las aptitudes, no tropiezan con el inconveniente de la traducción que Cervantes señala en su donoso escrutinio para las obras en verso, pues no está el pensamiento en ellas tan sujeto a la forma como en la poesía, y puede transferirse a otra distinta sin menoscabo de su pureza y aun a veces con mayor ventaja expresiva, como sucede en algunas traducciones superiores en mérito al original. De esto nos da enseñanza Cervantes en el capítulo de la cabeza encantada, por que si bien dice que el traducir de una lengua en otra es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras son llenas de hilos que las obscurecen, hay traductores que felizmente ponen en duda cuál es la traducción o cuál el original. Sobre este punto no sobrará advertir que bien pueden las

traducciones de obras en prosa ser de tanto provecho como las originales, con tal de que el traductor no remede servilmente el estilo y modismos del autor, sino que, por el contrario, libe en el texto original, como abeja en el polen, el pensamiento del autor, y lo exprese cual si fuera suyo, en su propio idioma, con especial cuidado de dar a cada palabra su exacta equivalencia, para que en vez de resultar chapucera *copia de un papel a otro* parezca escrita la obra en el idioma de la versión.

Pero a más detenidas consideraciones invita la psicología de la lectura que del cervantino escrutinio se infiere, por su importancia en la obra de la educación de la niñez, en cuya incipiente mentalidad influyen con mayor eficacia los libros leídos que las conversaciones escuchadas o las lecturas recibidas. La conducta está siempre en correspondencia con el carácter, que a su vez es derivación de los pensamientos dominantes en la mente; y como quiera que la lectura o no es nada o ha de ser una sigiliosa pero positiva comunicación mental, resulta que tarde o temprano ha de dar el libro frutos sabrosos o desabridos.

Es necesario según hizo el cura con el donoso escrutinio, seleccionar atinadamente los libros de lectura escolar y no poner en manos infantiles los de difícil comprensión y menos todavía los chapuceramente traducidos a destajo con la mira puesta en el lucro editorial, que los convierte en mercadería cuyo despacho suele encomendarse al compadrazgo. Tampoco hemos de correr nos atolondradamente hacia el opuesto

extremo. Después de arrojar por la ventana al corral las novelas policiacas, los engendros folletinescos y los cuentos de enfermiza imaginación, debemos librarnos también de aquellos otros libros de moral artificiosa y acaramelada que tan en predicamento estuvieron hace años sin ejercer en el ánimo infantil la saludable influencia que se propusieron sus autores. Muy difícil es acertar entre lo anodino y lo pernicioso y componer obras que despierten en el corazón e infundan en la mente del niño sentimientos e ideas universalmente humanos y le señalen el punto de fraternal coincidencia con los más o puestos partidos y escuelas.

Aunque nadie tenga derecho de prioridad sobre esta índole optimista de lecturas escolares, ya apuntada por Cervantes en el escrutinio que sugiere estas consideraciones como sabia enseñanza del Quijote, es indudable que los pedagogos ingleses llevan ventaja en este punto por el exquisito gusto y feliz acierto con que han logrado poner las obras maestras de la literatura universal en manos de los niños, como el más adecuado vehículo de divulgación literaria.

Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes, Milton, Ariosto, Petrarca, los dioses mayores del pensamiento humano, descienden de las altísimas cumbres donde su trono se asienta para conversar con los pequeñuelos e iniciarlos en el secreto del recto pensar y del placentero sentir. Por lo que toca a España, bueno sería que los editores acogieran favorablemente este linaje de publicaciones en oposición a las de traza pervertidora, pues en el predio de la litera-

tura nacional hay abundantísima mies en espera de manos hábiles que la cosechen. Así contribuirán a fomentar la afición a las bellas letras, a depurar el gusto, a poner a cada educando en condiciones de realizar su destino en la vida y no resultarían justificadas las amargas quejas de Cervantes al decir:

...que el mundo es siempre enemigo de premiar los floridos ingenios y los loables trabajos,

ni fuera posible en adelante exclamar como exclamaba lucidamente el ingenioso hidalgo:

...¡qué de habilidades hay por ahí perdidas! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas!

La literatura de una nación está invariablemente emparentada con las manifestaciones de la vida social en cada época de su historia. Cuando la independencia espiritual afianza la independencia política, la literatura nos embelena con la fragancia de la tierra nativa, y los personajes imaginativamente transportados de la realidad a la fábula para que el sentimiento los restituya de la fábula a la realidad, son personajes vivos, que hablan, piensan y sienten como seres de carne y hueso. Tal es la lectura que mejor conviene a la niñez y a la juventud.

Pero cuando una nación es independiente por derecho y vasalla de hecho, forzosamente ha de serlo también en la literatura, que entonces extravía la naciente inteligencia del joven en cuyas manos caen las novelas policiacas, los cuentos inverosímiles y esas otras novelas eróticas de pasionales deseos, carcelarios episodios, malignas astucias, aventuras desconcertadas y crímenes torpemente disculpados por el amor sensual,

sin asomo de espiritualidad ni alteza de ánimo, como si la vida humana no tuviera otro norte ni otro centro que el aspecto físico del amor.

El libro es, por lo tanto, a un tiempo termómetro y barómetro de la cultura de un país; y si por una parte responde a las demandas de la afición pública dominante en determinada época, por otra sirve para encaminar el gusto de las gentes hacia lo verdadero, lo bello y lo bueno. Las bibliotecas populares, ordenadas con acierto y seleccionadas con tino, podrían servir de efficacísimo medio para facilitar al proletariado apropiados instrumentos de cultura. Pero la relación entre las bibliotecas públicas y la cultura social está inscrita en un círculo vicioso, pues para asistir a ellas y obtener provecho de la lectura se necesitaría sentir el santo respeto al libro y el afán al estudio. Lo esencial es concentrar la mente de modo que descubra con entera claridad el pensamiento del autor, y para ello es indispensable haber educado previamente las facultades intelectuales, sin cuyo auxilio será infructuosa la lectura; pero cuando ya terminada su educación fundamental y definidas por la evocación sus aptitudes se dedique el joven a la profesión en que más provechosamente pueda emplearlas, las bibliotecas populares han de proporcionarle obras de consulta donde encuentre cuanto le sea necesario para su profesión.

Las bibliotecas públicas no impiden la ordenación de las bibliotecas domésticas. Un hogar sin libros denota vulgaridad mental en la familia, por muy holgada que sea su posición social. Desgraciadamente, muchos próceres de la indus-

tria y el comercio, amantes de alhajar ricamente su casa, más bien por alarde de vanidad que por sincero amor al arte, no tienen en ella lugar acomodado a biblioteca ni sienten la necesidad de nutrir la mente con tanta solicitud como el cuerpo. A causa tal vez de lunares de educación o de la inquieta vida de los negocios mundanos, no comprenden todavía cuán beneficiosa les fuera una biblioteca doméstica, de no muchos, pero sí bien escogidos volúmenes, cuya lectura diese diversidad de ocupación a la mente. La afición a la lectura ha de iniciarse en la niñez, estimularse en la pubertad y afirmarse en la juventud, para que arraigue en hábito durante el resto de la vida.

La única lectura que parece haber arraigado algo más entre nosotros es la del periódico, desconocida en tiempo de Cervantes, y cuyo escrutinio hubiera sido archidonoso si el cura y el barbero los hallaran en la librería del ingenioso hidalgo. Nada como el periódico con tanta curiosidad leído. La cotidiana crónica del mundo pasa cinematográficamente ante los ojos del lector, como luz de relámpago, borrando el suceso de hoy la impresión causada por la ocurrencia de ayer; pero bien puede considerarse el periódico como un libro volandero, pues en la propia efe-

Un hogar sin libros denota vulgaridad mental en la familia, por muy holgada que sea su posición social. Desgraciadamente muchos próceres de la industria y el comercio, amantes de alhajar ricamente su casa, más bien por alarde de vanidad que por sincero amor al arte, no tienen en ella lugar acomodado a biblioteca ni sienten la necesidad de nutrir la mente con tanta solicitud como el cuerpo.

meridad de su vida entraña fuerzas de perpetua eficacia, semejantes a la de la gota de agua que, no por su violencia, sino por su incesante golpeteo, horada al fin granítico peñasco. A todas partes llega el impreso diario, en todas partes penetra, y aunque palpable y visible, forma el invisible ambiente de la vida intelectual, pues hay en nuestros días y especialmente en nuestro país muchísimas gentes que diputan por infalible cuanto su periódico les dice.

Esta innegable sugestión de los públicos papeles que, como el aire, pueden arrastrar auras salutíferas o miasmas ponzoñosos, es potísima fuerza que a la verdad y al bien aplicada produciría incalculables beneficios a la cultura social. En donde la enseñanza primaria cumplierse su verdadero fin de preparar al niño para valerse por sí mismo al llegar a hombre, no sería el periódico tal útil instrumento de cultura como puede serlo en España, donde, según ya decía Cervantes, *son menester infinitas luces para tantos deslumbrados*, no sólo en las clases menesterosas, ayunas de pan y ahítas de ignorancia, sino también en las clases que se arrojan el título de directoras. En vez de fomentar malsanas aficiones a espectáculos incultos y prodigar la crónica sangrienta que llega a dar a los criminales categoría de celebridad, podría contribuir el periódico a despertar la afición a las lecturas de estímulo y aliento, aprovechando parte de su reduplicativa fuerza en difundir por doquiera los conocimientos fundamentales de toda cultura.

El periódico debe cooperar a la obra colectiva de la educación nacional, y si otra ejecutoria

no mereciera el periodismo contemporáneo por su cotidiana labor, bastárale haber sacado a la ciencia de las fortalezas en donde el recelo la tuvo hasta ahora aprisionada, y conducirla en alas de la imprenta a todos los hogares. Un hombre que por medio de la palabra escrita y en miles de hojas reproducidas sepa transmitir sus conocimientos a otras mentes, de modo que en ellas arraiguen cual allí nacidos, vale para la patria y para el mundo infinitamente más que el sabio orgulloso cuya ciencia esconden los anaqueles de las bibliotecas como los resquicios del arcón las monedas del avaro. De aquí que la lectura del periódico sea un poderoso medio de educación individual y colectiva.

Pero como todas las actividades del hombre, la lectura es perniciosa cuando, en vez de servir para vigorizar las fuerzas mentales, se convierte en pasional afición que del cumplimiento del deber nos aparta. Así nos lo enseñó Cervantes al decirnos:

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra sembradura para comprar libros de caballerías que leer.

Otro tanto les suele suceder hoy a los que se dejan sorber los sesos por la lectura de novelas eróticas, policiacas y folletinescas.

Prosigue Cervantes:

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio.

Como a Don Quijote, o pbcó menos, le puede ocurrir a quien, llevado de inconsiderada afición a las lecturas de índole fantástica, no cae en la cuenta de que han de servirle de alimento y no de cebo intelectual; y que, como tal alimento, ha de tomarlo en horas y medida proporcionadas a la nutrición de la mente. Los libros han de ser como los amigos: pocos, buenos y en armonía con nuestro carácter.

Tales son las enseñanzas derivadas del donoso escrutinio que el curá y el barbero hicieron en la librería del ingenioso hidalgo. De ellas se infiere que la lectura es un instrumento de doble efecto: beneficiosa cuando el libro o el periódico nos aleccionan por los buenos sentimientos que despiertan en nuestro corazón y las elevadas ideas que sugieren a nuestra mente; perjudicial y nociva si, cual los libros de caballerías a Don Quijote, nos dan un falso concepto de la vida y desvían nuestra voluntad.

Leer un buen libro equivale a escuchar a un sabio, pues aprendemos en él la verdad, sentimos la bondad y admiramos la belleza. Leer un mal libro equivale a escuchar a un necio, pues nos induce al error acompañado de la malicia y de la fealdad.

Padres, maestros y educadores han de hacer en los catálogos de las librerías el mismo escrutinio que en la del ingenioso hidalgo hizo Cervantes por manos de maese Nicolás y del licenciado Pero Pérez.

F. CLIMENT TERRER

(Del libro "Las Enseñanzas del Quijote," publicado por la "Biblioteca Cultura y Civismo", de Barcelona. Recomendamos á los jóvenes la lectura de esta obra).

Expansionismo yanque

(De un discurso de Mac-Kinley.)

“El pueblo americano, fortificado en la libertad del hogar, lleva consigo el mismo amor al hogar a cualquier parte donde vaya, y rechaza como falaz e indigna la doctrina de que perjudicamos nuestras propias libertades, por asegurar los fundamentos permanentes de la libertad de los demás. Nuestras instituciones no sufrirán por la extensión territorial, y nuestro concepto de la justicia no disminuirá bajo la influencia de soles tropicales en mares lejanos: cual era en el pasado, así será en lo porvenir; y la nación demostrará su habilidad para administrar cualquier Estado nuevo que los acontecimientos le entreguen, y, al amparo de las leyes de Dios, aprovechará todas las oportunidades para ensanchar todavía más los límites de la libertad. Si hay algunos, entre nosotros, empeñados en hacer más difícil nuestro camino, no nos dejemos desalentar; y, al contrario, respondámosles consagrándonos con más seriedad a la tarea que hemos abordado resueltamente. El camino del progreso rara vez se encuentra despejado y llano.” (1)

(1) El profesor de Derecho Internacional don Miguel Cruchaga, al hablar de la expansión territorial de los Estados, cita el anterior párrafo del discurso inaugural del Parlamento de 1901, pronunciado por el Presidente de los Estados Unidos, y en donde se verá el pensamiento de ese pueblo, que son “declaraciones doctrinarias.”

La Estepa

(DE "TARASS BOULBA")

90 -
Hacía ya mucho rato que habían penetrado en la verde estepa. La hierba, muy alta, les rodeaba por todos lados, de modo que no se veían más que los gorros negros de los Cosacos saliendo por encima de los tallos en flor.

.....

Cuanto más avanzaban por la estepa, más salvaje y bella parecía. En la época a que nos referimos, todo el espacio que lleva el nombre de Nueva Rusia, desde la Ukrania al mar Negro, era un desierto virgen. Allí no se conocía el arado; casi los únicos senderos que existían los habían formado los caballos salvajes. Mezclados con los tallos finos y delgados de las hierbas altas, se veían muchas flores de matices azules, rojos y morados. La retama erguía en pirámide sus flores amarillas y por entre la espesura, se deslizaban ligeras perdices; el aire estaba lleno de cantos de diferentes aves. Los halcones se mantenían en el espacio agitando las alas de cuando en cuando y lanzando a todas partes ávidas y codiciosas miradas; a lo lejos se oían los graznidos de los patos silvestres que se zambullían en un lago perdido en la inmensidad de aquellas llanuras. La gaviota de las estepas, se elevaba con movimiento cadencioso hasta bañarse

completa y voluptuosamente en el ambiente: unas veces distinguíase como un punto negro, otras resplandecía con los rayos del sol.

.....

Continuaron su camino nuestros viajeros; sin que les ocurriera ningún incidente notable. Por ningún lado divisaban un árbol; la estepa seguía siempre con su aspecto salvaje y la inmensidad de su horizonte. Sólo a lo lejos divisábase la línea azulada de los bosques que bordean el Dniepper. Una vez vióse un pequeño punto negro agitarse en lontananza. Tarass lo mostró a sus hijos diciéndoles:

—Ved, hijos míos, un tártaro que galopa.”

NICOLAS GOGOL

Para que la humanidad no vuelva a ser bárbara, si se quiere presentarle la cuestión únicamente por el lado estético, al lado de la necesidad del conocimiento de la belleza literaria y artística, debe enseñársele, y como de importancia preeminente, la necesidad del conocimiento y culto a la belleza moral. La civilización no puede consistir en el simple cultivo y refinamiento del sentimiento estético, artístico y literario. Para que la civilización subsista; para que los pueblos no sean invadidos por la barbarie, volviendo a la mera vida animal, es indispensable que, aun situando la cuestión en el terreno de la simple estética, conserven el sentimiento de la belleza, del bien y de la justicia, que es la belleza suprema.

MANUEL DAVILA FLORES

El león

(DE CATULLE MENDES)

Como era una cristiana, y el incienso
negó siempre a los dioses y a sus fiestas,
mandó el pretor que tan enorme crimen
castigaran las garras de las fieras;

Y como era una virgen, y las rosas
del pudor en sus sienes florecían,
una severa cláusula mandaba
que desnuda en el circo moriría

Joven y virgen, el estadio impuro
alumbró con sus albas desnudeces,
y en las ebúrneas, palpitantes formas,
saciáronse los ojos de la plebe.

Velando el seno los cabellos de oro,
de miedo y de rubor la niña tiembla...;
rugiendo de placer un león hambriento
disparado surgió de la leonera;

Acercóse a la víctima, olfateando
la carne joven y la sangre tibia,
y sus rojizas, erizadas crenchas
rozaron los cabellos de la niña....

El pueblo entonces, viendo la ancha boca
del león tan cerca de tan blanco pecho,
se agitó en paroxismos de lujuria
y tuvo de la bestia extraños celos.

Rictus innobles de mordientes besos
 pasan por los estúpidos semblantes;
 y azuzado el león por el bullicio,
 entreabre ya las carniceras fauces.....

León! Gritó la virgen.

A sus plantas
 el monstruo se tendió sobre la arena;
 y al verla tan hermosa y tan desnuda,
 cerró los ojos y bajó la testa.

ALBERTO MASFERRER

Azul

(DE ARTURO GRAF)

Oh formidable Azul! te miro y pienso:
 lo que fuiste serás, tarde o temprano;
 dí: cuántos siglos, sobre el tedio humano,
 há que despliegas tu sitial inmenso?

Idos los dioses, como sueño vano,
 tú, sin sentir ni amar, solo, el ascenso
 presenciaste del ruego y el incienso
 del homenaje o el clamor insano.

Cuanto vive se estrella ante una oscura
 norma de corrupción, entre la impura
 sima que vela su pavor profundo;

¡tú sólo eterno, incólume, impasible
 como una losa sepulcral y horrible
 echada sobre el ámbito del mundo!

GUILLERMO VALENCIA

Las campanas

(Fragmento)

LA campana vive, pero no de un principio intrínseco e inmanente, constitutivo de su sér, sino de la vida que le presta la fe, del movimiento que le imprime la esperanza, de los ardores que le infunde la caridad. El tañer de los bronce sagrados es la voz, de Dios que nos instiga al cumplimiento del deber; el silbo armonioso de nuestro Pastor Jesús, para convocar sus ovejas en torno al sagrario donde mora; la sonrisa y el ademán halagador de la noble matrona, veinte veces secular y siempre joven, nacida del corazón de Cristo, que congrega en el regazo a sus netezuelos para instruirlos en las verdades sublimes del catecismo cristiano; es el himno de la Iglesia en reconocimiento de sus victorias, tantas como los días de su existencia: es también el llanto y los gemidos muchos de Raquel a la muerte de sus hijos

Huyamos de la asfixiante vida ciudadana y vámonos con el pensamiento al campo en una mañana de verano, cuando ya el sol ha disipado la niebla que se refugia hecha girones en los picachos de los montes vecinos. A través de dehesas y plantíos, por entre árboles y chozas serpean, suben, bajan por las faldas, caracolean en el llano innumerables senderos que van todos a convergir ante la puerta de la iglesia, como las almas buenas, por diversos caminos llegan a Dios, que es su centro. Por todas aquellas veredas vienen numerosos grupos de gentes vestidas con sus mejores galas. De pronto suena el primer repique

con que las campanas de la iglesia invitan a misa parroquial y los jóvenes sonrían y apresuran el paso, se iluminan las caritas infantiles, se desarrugan los rostros de los ancianos. Con razón, porque van a la casa de Dios vivo, de Dios hecho hombre, el del pesebre, el taller y el Calvario, el amigo de los pobres y de los niños, el consolador de los afligidos, amparo de pecadores. Van a la única parte donde prácticamente todos los hombres son iguales, porque halla cada uno lugar en la amplia nave, se acercan juntos al banquete de la eucaristía, oyen una misma doctrina, reciben los propios consuelos y esperanzas.

Por lo contrario, ¡cuán sublimemente melancólico es el doble incesante de todas las campanas de la ciudad, la víspera de la Conmemoración de los difuntos en tarde opaca e inverniza, entre el golpear de la lluvia y el rezongar de los truenos lejanos! Es la voz con que la iglesia refresca en nosotros la memoria de los que fueron nuestros amigos y parientes en la tierra y serán nuestros compañeros en el paraíso; nos hace pensar en la muerte que es la mejor consejera de la vida; nos exhorta, con San Pablo, a usar agradecidos los bienes temporales, sin apegarles el corazón, porque pasa la figura de este mundo.

¡Oh místicas campanas, que os regocijáis por mi bautismo, me llamábais afanosas al pie del altar el día de mi primera comunión, os echáis a vuelo cuando Jesús descendió a mis manos por vez primera, y dentro de pocos años seréis las únicas que me lloren, cuando quitado de la vista me haya ido también de la memoria! ¡Oh místicas campanas, hermanas cariñosas y fidelísimas amigas de mi niñez y de mi juventud, yo os amo y os bendigo!

R. M. CARRASQUILLA, Ob.

(*El Literario*, Bogotá.)

Contigo

(DEL NUEVO LIBRO "ELEVACIÓN")

Espíritu que no hallas tu camino,
que hender quieres el cielo cristalino
y no sabes qué rumbo
has de seguir, y vas de tumbo en tumbo,
llevado por la fuerza del destino:

¡Detente! pliega el ala voladora:
¡buscas la luz y en tí llevas la aurora;
recorres un abismo y otro abismo
para encontrar al Dios que te enamora
y a ese Dios tú lo llevas en tí mismo!

¡Y el agitado corazón, latiendo,
en cada golpe te lo está diciendo,
y un misterioso instinto,
de tu alma en el obscuro laberinto,
te lo va noche a noche repitiendo!

¡Más tú sigues buscando lo que tienes!
¡Dios en tí, de tus ansias es testigo,
y mientras pesaroso vas y vienes,
como el duende del cuento, El va contigo!

AMADO NERVO

(De "LIL DE LOS OJOS COLOR DEL TIEMPO")

Algunos meses antes de su muerte, mi padre me había dicho: "debieras escribir tu *Diario*, muchacha. Es una costumbre excelente y saludable y es además, un agradable pasatiempo. Cuando uno refiere su vida, se da cuenta

casi siempre, de que es ésta mucho más interesante de lo que suponía. Si uno está contento, saborea mejor su alegría; si tiene el corazón triste, parece que se le cuentan las penas a un amigo que las comprende; se desahoga así la tristeza o el mal humor y se evita el peligro que traen consigo las confidencias hechas a otra persona. Se adquiere de los actos una noción más justa, se clasifican las ideas, se prueban los sentimientos, delibera uno consigo mismo, ve uno más claro en sí mismo y alrededor de sí y se dejan de cometer algunas tonterías.... Además, a poco que uno sea sincero y que tenga el alma limpia y recta, llega de un modo insensible a preocuparse de vivir armoniosamente, bellamente, a fin de poder escribir siempre la verdad y no tener que escribir nunca nada malo, nada feo, nada vulgar. Cuéntale tu vida a Lil, (1) por la noche, antes de acostarte. Así te conocerá"

GUY CHANTEPLEURE

(1) Geniecillo familiar, "espíritu amigo" que queda como un don del padre para que la huérfana lo evoque siempre.... Nació de un rayo de sol y vivió "delicadísimo y encantador" en el barro que primorosamente amasara el artista para que siguiera, con su sonrisa fresca como la primavera, bañando dulcemente el alma de una niña. Resume la alegría de los primeros años, la gracia, las creaciones fantásticas, y es a la adolescente el suave divagar que tejen las primeras ilusiones. (Leyendo la novela se comprende mejor su simpático oficio y profundo significado.)

Francia

Tú no puedes morir mientras que haya
Un espíritu libre sobre el suelo,
Mientras al astro el pensamiento vaya,
Mientras grite un Dolor y haya un Anheló.

A semejanza tú de la atalaya
Que de las sombras despedaza el velo,
Tú alumbrarás desde la ignota playa,
Como el sol en los ámbitos del cielo.

Cómo puedes morir si de tu seno,
Al impulso de un hálito fecundo,
Nació el Derecho entre el fragor de un trueno;

Si en el concierto universal, profundo,
Eres tú el ritmo de cadencias lleno
Con que palpita el corazón del mundo!....

RICARDO NIETO

INDICE

- AGUILAR, OSCAR: En el hato de Cañafistola, p. 489
- ANDRENIO: Una clínica literaria, p. 253
- ARAQUISTAIN, LUIS: Europa y América, p. 7
- ARGUELLO, ALBERTO L.: Oración de la mañana, p. 272
- AZORIN: Los romances, p. 432
- BIERBAUM, OTON JULIO: Sueño en el crepúsculo, traducción de E. Diez Canedo, p. 53
- BOLARIN, ANDRÉS: El alma del Arte, p. 423
- BOUTET, FREDERIC: La lectora, p. 443
- BRIZEUX, AUGUSTO: Virgilio, p. 431
- CAMPO, ANGEL DE: ¡Pobre viejol, p. 155
- CANTOR, MOISES: Las Ciencias Naturales en la Escuela Primaria, p. 100
- CANTU, CESAR: De la Revolución Francesa, p. 516
- CARMEN LIRA: La tristeza de Nausicaa, p. 363
- CARRASQUILLA, R. M.: Las campanas, p. 568
- CASTRO, CRISTOBAL DE: Valor social del árbol, p. 65
- CESPEDES, ANGEL MARIA: La ironía de la guerra, p. 280
- CLIMEN TERRER, F.: El donoso escrutinio, p. 547
- COPPEER, FRANCISCO: Respuesta, p. 488
- CRESPO, JOSE D.: El progreso social y la educación escolar, p. 408
- CHANTEPLEURE, GUY DE: DE "Lil de los ojos color del tiempo", p. 570
- DARIO, RUBEN: Benjamín Itaspes, p. 345
- DEHMEL, RICARDO: La ciudad silenciosa, traducción de E. Diez Canedo. Noche evocadora, traducción de A. D., p. 54
- DE LA ROSA, LEOPOLDO: Mujer blanca, p. 440

- DONOSO, ARMANDO: Los grandes líricos alemanes contemporáneos, p. 39
- D'ORFER, LEO: Marko Kralievitch y el Bey Kostadín, p. 433
- FEASEY, J. EATON: La educación al aire libre, p. 236
- FORTOUL HURTADO, P.: La afición a la lectura, p. 300
- GAGINI, CARLOS: Conversando con los maestros, p. 285; Rápida extinción de los indios de Costa Rica, p. 353
- GALINDO, ANIBAL: La Revolución Francesa, p. 513
- GARCIA CALDERON, V.: Consideraciones sobre "Don Juan", pg. 120; Amor de poeta, p. 503
- GEORGE, STEPHAN: Aniversario, traducción de Guillermo Valencia, p. 59
- GOGOL, NICOLAS: La estepa, p. 564
- GOMEZ JAIME, ALFREDO: A Rubén Darío, p. 407
- GOMEZ RESTREPO, A.: Anotaciones, p. 164
- GRAF, ARTURO: Azul, traducción de Guillermo Valencia
- GUERRA JUNQUEIRO: El niño de la escuela, p. 512
- GUILLEN ZELAYA, A.: El oro, p. 148
- HISPANO CORNELIO: Bolívar Guerrero, p. III. A la Venus de Milo, p. 419
- HOFMANNSTHAL, HUGO DE: Sueño vivido, traducción de Guillermo Valencia, p. 56
- HOLZ, ARNO: Frente a mi ventana. En un jardín. Sobre el mundo, traducciones de A. D., ps. 55-56
- HOOD: El Puente de los suspiros, traducción de Rafael Pombo, p. 105
- HORACIO: Epístola XX del Libro I, traducción de Eloy G. González, p. 143
- HOYOS Y VINENT, ANTONIO DE: Mauricio Maeterlinck, p. 264
- HURTADO, RAMON: Granadas de Otoño, p. 546
- JACKSON VEYAN, JOSE: El bien o el mal, p. 298
- JIMENEZ, ALEJANDRO N.: La victoria final p. 485
- KROPOTKIN, P.: A. Púschkin, p. 427
- LAMARTINE, ALFONSO DE: Mi última cacería, p. 493
- LEUMANN, CARLOS ALBERTO: Francia, p. 378
- LE FIGARO: Los héroes de Verdun, p. 317
- LILIENTON, DETIEV DE: La golondrina. La isla de la felicidad, traducciones de Diez Canedo, ps. 52-53
- LOÑDOÑO, VICTOR M.: Tierra nativa, p. 435

- LLOYD, GEORGE: La canción de la victoria, p. 129
- MAETERLINCK, MAURICIO: Roma, 394
- MAEZTU, RAMIRO DE: La verdadera originalidad, p. 15. La alegría de la guerra, p. 68. Dos puntos de vista, p. 273
- MAGALLANES MOURE, MANUEL: La llama, p. 234
- MALLARME: Aparición, traducción de Guillermo Valencia, p. 344
- MARGARIÑOS CERVANTES, A.: Hombro contra hombro, p. 60
- MARTINEZ HOLMEDILLA, AUGUSTO: La poesía del recuerdo, p. 311
- MARTINEZ SUBIRIA, G.: El secreto de la casa de los eucaliptus, p. 89
- MEDINA BOCOS, CÉSAR DE: El Fuego, p. 351
- MELIAN LAFINUR, ALVARO: Octavio Mirbeau, p. 471
- MENDES, CATULLE: El león, traducción de Alberto Masferrer, p. 566
- MIDDLETON, RICHARD: La tiranía de la fealdad, p. 150
- NERVO, AMADO: El verdadero Rubén Darío, p. 401. Contigo, p. 570
- NIETZCHE, FEDERICO: El Otoño, traducción de Wilhelm Keiper, p. 51. Ecce Homo. Ultima voluntad, traducciones de A. D., ps. 51—52
- NIETO, RICARDO: Francia, p. 572
- NORIEGA, FELIX F.: Conferencia en la "Fiesta del Maestro", p. 357
- OSÉS, MIGUEL F.: América, p. 197
- PASCARELLA, LUIS: El "Non-Agir", p. 465
- PEREZ, ENRIQUE: La guerra: Un problema del porvenir, p. 260
- POMBO, RAFAEL: El Jabalí y el Gamo, p. 442
- PRADO, PEDRO: Los últimos azahares, p. 436. El espejo, p. 487
- PZERWA-TETMAJER, KASIMIERS: El juicio final. La sombra, p. 438
- RENAN, ERNESTO: Plegaria, p. 17
- RESTREPO, S.: Octavio Mirbeau, p. 475
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE: Mi retablo de Navidad, p. 224. La unión espiritual de la América Latina, p. 385. Ariel (fragmento), p. 449
- RODRIGUEZ CERNA, JOSE: El milagro de los claveles, p. 25
- ROSALES, SALATIEL: El libro en Centro América, p. 206
- RUSKIN, JOHN: libros útiles, p. 509

- SAINT-VICTOR, PAUL DE: La Venus de Milo, p. 421
SALISBURY, LORD: Las naciones moribundas, p. 3
SANCHEZ DIAZ, R.: Una anécdota de Beethoven, p. 533
SANTANDER, FEDERICO: Echegaray y su teatro, p. 325
SUARES, ANDRE: T. Dostoyevsky, p. 428
SYMONS, ARTHUR: L. Tolstoy, p. 430
TAGORE, RABINDRANATH: Canción maternal, p. 441
TALLIER, JULES: Ghanson sur un theme chinois, traducción
de A. Velasco, p. 492
TENNYSSON, ALFREDO: Tiempo que fué, traducción de C.
Obeso, p. 510
TESTENA, FOLCO: El problema del nido vacío, p. 543
TOVAR, ROMULO: Don Mauro Fernández, p. 135
UNAMUNO, MIGUEL DE: Mendacidad, p. 81
URBANEJA ACHELPOHL: El mejor disfraz, p. 28
URBINA, LUIS G.: La voz de la noche, p. 470
VALERO MARTIN, ALBERTO: Porque todo es un momento,
p. 499
VARONA, ENRIQUE JOSE: Paredes de cristal, p. 74
VASQUEZ, DANIEL: ¡Miserere!, p. 235
VILLEGAS, AQUILINO: José Enrique Rodó, p. 520
ZAMACOIS, EDUARDO: La piedad, p. 201
ZORRILLA DE SAN MARTIN: Palabra y silencio, p. 448
-